

DEL QUIJOTE Y OTRAS HISTORIAS

Ricardo Navas Ruiz



Vision Libros

RICARDO NAVAS RUIZ

DEL QUIJOTE
Y OTRAS HISTORIAS.



Del Quijote y otras Historias

© Ricardo Navas Ruiz

© Editorial: Vision Libros

Calle San Benito 21 Local

Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com

Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-266-9

Depósito legal: M-

Diseño base cubierta: Marian González

Maquetacion: Daniel Hernando

Producido por Liber Factory. C/ Cuatro Amigos 5 Post.

28029 Madrid (España) produccion@liberfactory.com

Vision Libros, en su deseo de mejorar sus publicaciones agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan:

sugerencia@visionlibros.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Son estos artículos hojas volanderas que fueron cayendo del calendario al correr de los días, de las esperanzas y de los sueños en *Vistazoalaprensa.com*. Vienen ahora a reunirse en libro como hace tiempo lo hicieron las recogidas en “Héroes, santos, terroristas” [2003] y en “Los signos del cuervo” [2004]. Pero a diferencia de éstos, circunscritos cada uno al transcurso de un solo año, su extensión se alarga a cuatro desde el 2004 al 2007.

Blogs, ensayos, artículos, según bien conocidos calificativos, unos de viejo prestigio, otros novedosos, el autor no sabe qué nombre darles. Pero sean lo que sean, todos llevan la marca de la transitoriedad propia de un periódico. No por eso dejan de ence-

rrar reflexiones profundas que en medio de la ajetreada vida presente pueden ayudar a entender lo que sucede ante nuestros ojos . Quedan desde luego como testigos de momentos que pasaron a nuestro lado o por los que pasamos para no volver.

Boston, septiembre del 2008

UN MONASTERIO ESPAÑOL EN MIAMI

Miami puede ser muchas cosas. Puede ser la playa de su nombre, extensísima, de arena blanca y pedregosa, en la que se congregan cada año miles de estudiantes de todo el país para ceremonias de iniciación. Puede ser las islas en las que se esconden las casas de los ricos y famosos, escenario de muchas películas. Puede ser su deslumbrante y colorista línea de rascacielos, la puerta de entrada de muchos emigrantes, sobre todo, hispanos, la Pequeña Habana, pálido reflejo de la real, en la que esperan los cubanos retornar un día a su paraíso perdido. Puede ser la capital de la América Hispana a donde acuden los pudientes a gastar

dinero o invertirlo, la que quiere convertirse pronto en el centro coordinador de todas las actividades mercantiles con aquella región. Puede ser tantas cosas, buenas y malas, siempre interesantes.

Para los españoles tiene un sabor especial, reconocible, familiar. En ciertos barrios, en ciertas calles, cree uno estar en Sevilla o en cualquier otro pueblo del sur de España. No es raro que salgan al paso tiendas de artículos españoles, edificios que recuerdan la Giralda y la Torre del Oro, o simplemente, casonas andaluzas de patios profundos sombreados de palmeras. También están los nombres: Española Way o el ya totalmente anglicado, pero identificable, Biscayne Bay. Hay un museo Vizcaya. Y, ¿quién no piensa en Juan Ramón Jiménez al pasear por Coral Gables, tan señorial y elegante? Allí dictó clases el poeta cuando se desterró de la patria. Por no faltar no faltan ni los churros, calentitos, crujientes, espolvoreados de azúcar.

Este Miami, tan español, quizá por cubano, no fue, sin embargo, fundado por españoles. Vino a la existencia en el siglo XIX. Pero cerca anduvieron aquellos. Ponce de León tocó en una punta del cayo Biscayne, a un tiro de piedra, dándole el nombre de cabo de la Florida. El nombre, escogido, se dice, por el descubridor porque ese día era la Pascua Florida de abril, se extendió después a todo el estado. Ponce de León tiene una pequeña estatua, donación del Gobierno español, en un lugar muy concurrido

cerca de un típico y popular centro comercial, el Bayside. Los descubridores y colonizadores siguientes prefirieron irse más al norte y fundar San Agustín, la primera ciudad de lo que hoy son los Estados Unidos, auténtica joya de los restos de un imperio.

Quizá lo más sorprendente y atractivo para un viajero que llega de España sea el claustro de un monasterio español del siglo XII, escondido entre frondosos árboles al norte de Miami. Lo anuncian las guías; pero no son muchos los turistas que lo visitan. Y sin embargo, es una auténtica sorpresa artística. El monasterio fue construido entre 1133 y 1141 en Sacramenia, pueblo de la provincia de Segovia, durante los reinados de Alfonso VII y Alfonso VIII de Castilla. Dedicado a la Virgen, se lo denominó de Nuestra Señora, Reina de los Angeles. Pasó después a ser propiedad de los monjes cirtercienses que lo rebautizaron con el nombre de San Bernardo de Clairvaux. En paz y olvido transcurrió la mayor parte de su historia hasta el sobresalto artísticamente devastador de los decretos de desamortización dados por el ministro Juan Alvarez de Mendizábal en febrero y marzo de 1836. El monasterio fue vendido posiblemente al terrateniente de turno que lo transformó en establo y granero. Su claustro es de estilo románico, con algunas adiciones góticas, se halla magníficamente conservado, y encierra entre otras cosas la sala del cabildo, el comedor convertido hoy en capilla, dos estatuas ori-

ginales, una de Cristo y otra de Alfonso VIII, y banderas de varias familias nobles.

Su traslado a los Estados Unidos fue conjunción de dos factores: la visión y el gusto de un americano millonario y la voluntad, - palabra de Unamuno -, de un país en decadencia. El americano era un magnate californiano, William Randolph Hearst [1863-1951], cuyo padre, George, se había enriquecido con un negocio de explotación de minas. William heredó parte de la fortuna, entre otras cosas, el diario de San Francisco *The Examiner*, al que dio proyección nacional. Como periodista, destacó por su política agresiva de información y ventas. Creó además una influyente cadena de comunicaciones. Algo tuvo que ver su posición en la declaración de guerra a España por los Estados Unidos en 1898 a causa de Cuba. Era también coleccionista famoso que llenó de tesoros artísticos sus mansiones y un castillo que mandó construir en San Simeón. Una de sus nietas, creo que se llamaba Patricia, protagonizó un notorio caso de rapto, terrorismo y arrepentimiento en los sesenta cuando los hippies, Vietnam y la liberación sexual.

William compró el claustro en 1925. No sé si fue a verlo personalmente o hizo la operación a través de sus agentes. Se dijo que lo iba a emplear como marco de la piscina de una de sus casas. Pagó por él medio millón de dólares. Sus piedras fueron numeradas, desmontadas cuidadosamente y trasladadas a

Estados Unidos. Entre tanto se declaró una epidemia de fiebre aftosa en Segovia y el Ministerio de Agricultura estadounidense puso el envío en cuarentena, al llegar al puerto de Nueva York. En ese momento Hearst pasaba por apuros económicos y allí quedaron las piedras olvidadas en un almacén hasta que en 1952 las adquirieron los señores Edgemon y Moss para darles uso turístico. La reconstrucción del claustro en su lugar actual costó millón y medio de dólares y casi dos años porque las piedras en el largo proceso habían sido desordenadas. Hoy es propiedad de la Iglesia Episcopal.

Historia curiosa, sin duda, que no es, sin embargo, excepcional. Hearst es un americano más entre los muchos. Admira cómo, apenas se independizaron los Estados Unidos, surgió entre sus ciudadanos la voluntad de dotarlo de una infraestructura cultural de primer orden que no tenía. Basta visitar sus museos o sus bibliotecas para darse cuenta del éxito de la empresa. Citaré solamente dos ejemplos locales como confirmación. En el Museo de Bellas Artes de Boston existe reconstruida una iglesia románica del Alto Aragón con sus pinturas y todo. En la Biblioteca Municipal se guarda una importante colección de libros y manuscritos españoles que reunió con dinero y tino George Ticknor, uno de los primeros hispanistas de este país, profesor de la Universidad de Harvard y autor de una erudita *Historia de la literatura española* [1844], todavía útil.

El otro lado de la moneda, el otro factor, lo representa España. Desde esta España actual, cruzada de trenes de alta velocidad y cómodas autovías, industrial y rica, se hace difícil imaginar la de la primera mitad del siglo XIX. Hay que leer a los románticos para palpar su ruina física, cultural y política. El año de 1836 fue particularmente aciago: una regente extranjera a merced de los políticos, el desorden en la calle, una guerra civil devastadora, una economía destrozada. Muchos saludaron en Mendizábal, elegido primer ministro el 14 de septiembre, al salvador de turno. Una de sus soluciones para mejorar la economía fue la desamortización, la enajenación y venta de bienes de la Iglesia con la consiguiente exclaustación de monjes y frailes. Por supuesto, no salvó nada, dejó el gobierno unos meses después en mayo de 1837 y el país peor que estaba. La desamortización fue criticada por sus propios partidarios y amigos, entre ellos, el economista ilustrado Alvaro Flórez Estrada con el que había coincidido en el exilio parisino pocos años antes.

Flórez Estrada en varios artículos aparecidos en *El Español* y en su folleto *Contestación de don Alvaro Flórez Estrada a las impugnaciones hechas a su escrito sobre el uso que debe hacerse de los bienes nacionales* [1836] criticó la solución como impropia por no atender al principio básico del reparto justo de la riqueza nacional y por no resolver la raíz del problema, una verdadera reforma agraria. Sus ideas encontraron eco en dos jóvenes ambiciosos, brillan-

tes escritores, amigos entrañables, José de Espronceda que las reiteró en “El Ministerio Mendizábal”, y Mariano José de Larra que las divulgó en un artículo del mismo título en *El Español*. Las consecuencias de la desamortización se hicieron sentir pronto en el patrimonio nacional cuyo expolio alcanzó dimensiones de desastre. Las voces de protesta abundaron. Quiero recordar una, la de un poeta tenido por muchos por frívolo y colorista, pero que sintió de verdad el dolor de España. Me refiero a José Zorrilla y su soneto “España artística” [1840] con ese comienzo tan apasionado, “Torpe, mezquina y miserable España,” en el que condena la pereza del país y su indiferencia ante el robo descarado de sus tesoros.

¡Claustro de Sacramenia en tierra ajena! En esta clara y tibia tarde del invierno de Miami, tu soledad y tu quietud llenan el alma de pensamientos melancólicos, mientras pasan, frágiles y ligeras, como la vida misma, blancas nubecillas. ¿Sueñas aún con las ásperas y doradas tierras de Castilla? ¿Callas? Hay otra España ahora que se rompe y fragmenta. Ya no se van las piedras, sino extensas regiones. Hecho imagen y símbolo, tu silencio sugiere que acaso la ruptura empezó entonces, el día que alguien se atrevió a cambiar por dinero la herencia de la historia, el patrimonio acumulado en siglos de trabajo, el día que alguien no respetó la patria desde el alto sitio de su cargo. Porque la patria, más allá de su idea, son sus piedras, sus estatuas, sus pala-